

El periodo de la gripe¹

JAMES NUÑO*

—¿Quién es? —volví a preguntar.
—Un rencor vivo —me contestó él.

JUAN RULFO, *PEDRO PÁRAMO*

LUNES

El camino a la escuela era un improvisado sendero de tierra, cercado por maleza, basura y animales muertos, minado con terrones calientes, mojones secos y charcos de agua puerca. Reservado para los condenados y los oligofrénicos que estudiamos Literatura, por ese sendero jamás caminó la esperanza.

Cada que debía transitarlo recordaba, con las cejas y los puños apretados, la mañana que visité la delegación correspondiente de la Secretaría de Educación: una oficina con mobiliario de al menos veinte años de antigüedad, ventiladores descompuestos y un pasillo con azulejos desgastados que desembocaba en el cubículo del hombre obeso con el que mi papá me había programado una cita haciendo uso de sus múltiples contactos en la mafia del sindicato educativo.

—Voy a necesitar tu título universitario, un comprobante de domicilio y que llenes las formas A-501 y A-537.

—También tengo título de maestría.

—No. Sólo el de la licenciatura —contestó el gordo con desgano y casi al mismo tiempo dio un bocado a la torta desbordada que sostenía en la mano derecha. No bien dio dos mordidas, un ataque de tos interrumpió la marea de teléfonos, copiadoras y el murmullo de los trabajadores estatales. Se estaba ahogando y, en su lucha por no sucumbir, una ráfaga de crema, pan y jamón fue expulsada de sus babeantes bellos a toda velocidad, directo a mi cara. El ventrudo funcionario carraspeó, pasó una servilleta por su carota sudada y me entregó mis papeles. Yo apreté los dientes y, luego de recibir la carpeta, agarré una hoja del escritorio, me limpié el rostro y respiré profundamente para contener las arcadas y el impulso de romperle la taza de café en la cabeza.

*James Nuño
Escritor, editor y traductor. Ha publicado las novelas *El cazador de ratas* (2016), así como los libros de cuentos *Inundaciones* (2022) y *Fantasma* (2015).

jamesnunio@gmail.com

¹ Cuento incluido en el volumen *Inundaciones* (*El fantasma y la sombra*, 2022).

Salí de aquella oficina dispuesta a quemar los papeles que me convertían oficialmente en la maestra sustituta de Español —la clase que, junto con la de Matemáticas, nadie se animaba a impartir, aseguró el chanchogodín—, parte del prestigioso equipo docente de una secundaria pública ubicada a las afueras de la ciudad, allá donde la imprenta aún es brujería, pero recordé que llevaba ya casi ocho meses desempleada y el dinero de la mísera liquidación de la otra escuela se había terminado semanas atrás. Debía a amigos y familiares, mi balance bancario era de -\$14.00 M.N. y la Dirección de Comunicación que mi amigo en Secretaría de Cultura me había prometido se veía cada vez más lejana.

Estaba, pues, una vez más, repasando mentalmente la ruta de ignominia que me había llevado hasta este punto, hasta esta escuela demasiado grande para la bola de asnos que pretendían educarse y demasiado pequeña para ponerlos a pastar, cuando un golpe en el pizarrón interrumpió mis cavilaciones. Una bola de papel empapado se deslizaba lentamente hacia abajo por la superficie blanca, haciendo escurrir la tinta roja —la azul y la negra se secaron a la semana de uso— con la que había trazado el mapa conceptual en el que intentaba explicar, sin mucho éxito, por enésima vez, la premisa de *Pedro Páramo*.

—¿Quién fue?

Risas.

—¡¿Quién fue?!

Falsos gestos de seriedad.

—¿Nadie? ¿Nadie fue?

Silencio sepulcral. Miradas al piso. Ojos que se buscan, que se encuentran, que giran torturados sobre su órbita. Sonrisas cómplices, bocas torcidas.

—Bueno. Si nadie fue, entonces pondré un reporte general.

—¡No manche, Miss! —alguien berreó al fondo.

Estallido de risas.

—¿Quién dijo eso?

De nuevo el silencio sepulcral, las miradas al piso, al cuaderno, a la composición infinita de la mugre dentro de las uñas largas y

negligentes. Caminé por entre las filas, intentando desenmascarar al responsable. Estaba cansada de desperdiciar mi tiempo en esa clase: diez minutos en los que el grupo se dignaba a entrar al salón, otros cinco para nombrar lista, diez para revisar las tareas que casi siempre estaban incompletas y quince que se iban en cállate, siéntate, no molestes a tu compañero, esa boca, no, no puedes ir al baño, porque no y ya, ponte a leer, no grites, a ver, qué pasó ahí... Al final quedaban sólo veinte minutos para condensar una hora de conocimientos que, por distracción, rebeldía o franca estupidez, nunca iban a absorber.

—¿Fue usted, señorita? —pregunté a Giselle, la chica del fondo.

—¡Ay, Miss! ¡¿Por qué siempre tengo que ser yo?! —ella chilló, con su sempiterna mueca de ojos de huevo tibio.

—Si no fue usted, entonces, ¿quién fue? El grito vino de aquí.

Giselle sonrió con malicia. Miró de reojo a Esquivel y agachó la cabeza.

—¡Le estoy hablando! —grité, exasperada, al mismo tiempo que di un golpe al mesabanco. Lejos de asustarse, la chiquilla comenzó a reír.

—¡Ay, Miss, no manche! —contestó la púber con su cínica sonrisa.

No sé cómo hice para contenerme. Simplemente cerré los ojos y respiré profundamente para ahogar las ganas de abofetearla. Estaba a punto de gritar algún impropio cuando sonó la chicharra. Los alumnos salieron inmediatamente, sin esperar mi instrucción.

—Usted no —le dije a Giselle—. Usted va conmigo a Prefectura.

La muchacha apretó la mandíbula. Esquivel, a su lado, de inmediato desvió la mirada, tomó sus cosas y salió del aula.

El regaño del prefecto duró alrededor de ocho minutos. Su letanía incluía frases como diario es lo mismo contigo, ya ni la chingan, cállate, no me contestes. La muchacha evitaba el contacto visual, cruzada de brazos y moviendo la mandíbula como si mascara tabaco invisible.

—Como ya son varias tuyas, vamos a tener que hablarle a tu mamá. —El prefecto sacó un pedazo de papel de uno de sus cajones y comenzó a escribir sobre él. —¿Cuándo tiene clase otra vez con el grupo, maestra?

—El miércoles.

—El miércoles —repitió al momento que terminaba de escribir—. Fírmale ahí —le dijo a la chica, quien obedeció no sin antes resoplar y torcer los ojos—. Dáselo a tu mamá y que no falte para que hable con la maestra. Ya vete a tu clase, no te andes haciendo tonta para no entrar.

La chica dobló el papel con el menor de los cuidados y salió del lugar. Apenas había dado ocho pasos fuera de la oficina cuando la llamó.

—Señorita, quiero que usted y yo hablemos.

Ella volvió a torcer los ojos. “Te vas a quedar así, bizca y con cara de mongola”, me dieron ganas de decirle, como mi mamá me gritaba cada vez que yo hacía ese gesto cuando niña.

—Mire, si usted no quiere trabajar, no trabaje. Es evidente que no quiere estar en mi clase. Si no desea entrar, si no le apetece entregar trabajos o hacer tareas, está bien. Sólo no me distraiga al grupo. Usted y ese muchacho, Esquivel, siempre están cuchicheando y haciendo desorden. Y me estoy cansando de eso. Yo no soy su niñera. En dos días hablaré con su mamá e intentaré conciliar nuestros intereses. No va a ser un regaño ni un juicio, sino una puesta en común; pero no me gustaría verme en la necesidad de suspenderle, ¿de acuerdo?

Me miró a los ojos, primero desafiante y luego con sorna. Estaba esperando que me contestara algo, lo que fuese, para bajarle sus ínfulas con los adjetivos que me picaban en la lengua desde que llegué a esa escuela, epítetos para ella incomprensibles aunque no por ello inmerecidos. Pero no lo hizo. En cambio, emitió un bufido, mezcla de hartazgo y de risa ahogada, y siguió su camino sin decir una sola palabra.

—Son todo un caso, estos chamacos —dijo

el prefecto detrás mío, reprimiendo mi impulso de ir tras la muchacha y jalarla del cabello.

—Horribles —contesté viendo cómo la apenas reglamentaria falda de Giselle se me neaba a la distancia.

—Y lo peor es que no podemos hacer mucho al respecto.

—¿A qué se refiere?

—Tenemos las manos atadas. La nueva legislación no nos permite hacer nada. No podemos suspenderlos ni ponerles castigos ejemplares ni nada; sólo escribirles reportitos que no sirven pa’ ni madres. Si acaso, como ahorita, podemos mandar llamar a sus papás, pero ellos nunca vienen y, cuando lo hacen, somos nosotros los regañados: que si no sabemos enseñar, que si sus bebés se portan bien y nosotros somos los que les tenemos idea, que si los tratamos de maneras inhumanas porque les levantamos la voz y van a hablar con Derechos Humanos... En fin, puras mamadas. Estamos entre la espada y la pared, y con nadie quedamos bien. Pero ni modo, maestra, hay que seguirle chingando. No nos queda de otra.

—O quizá sí... —murmuré entre dientes, aunque el prefecto estaba muy lejos ya para escucharme.

Luego de la infructuosa entrevista, fui a la sala de maestros. Me desplomé sobre el sillón, pensando en las palabras del prefecto. En la mesa del centro, dos maestras hablaban del terrible desempeño de sus grupos. En un extremo del cuarto, como queriendo pasar desapercibida, se encontraba Susana, quien se acercó cuando la saludé con la mirada.

—¿Qué le pasa, maestra? —me preguntó con una sonrisa.

Susana contrastaba con el catálogo de la planilla docente. Con 22 años y recién salida de la Escuela Normal, aún mostraba entusiasmo por su trabajo, lo que la hacía ver casi bonita. Me gustaban su juventud y su actitud reservada, contraria a la de sus colegas, quienes cumplían con los requisitos básicos de un maestro de secundaria: ropa desgastada, ignorantes de sus materias, vulgares, gritones, de rostros cansados y sudorosos, manos ajadas y una molesta necesidad de

contar chistes facilones y sin gracia. Era una pena pensar que en un par de años Susana se volvería uno de ellos.

–Lo de siempre. Problemas con los chicos. No sé si soy yo o sólo mi grupo.

–Todos están igual, maestra. Yo también batallo con los míos, pero si usted identifica y neutraliza a los que hacen el desorden, los demás van a calmarse.

–Gracias por el consejo. Pero háblame de tú, que no te llevo tantos años –dijo sonriendo, rozando su pierna.

Susana sonrió y bajó la mirada, como avergonzada.

–¡Ay, sí, maestra! –interrumpió una de las profesoras en la mesa del centro–. Todos estamos batallando mucho.

–¿Disculpe? –pregunté, a pesar de haber escuchado perfectamente.

–Es que estos muchachos cada vez vienen peor –continuó aquélla–. Lo bueno es que ya empezó el periodo de la gripe y muchos comienzan a faltar.

–El problema es que ninguno de los malos se enferma –dijo la otra y ambas estallaron en risas.

Hice memoria y alcancé a recordar algunos lugares vacíos en mi clase. Luego pensé que el papel que habían aventado al pizarrón seguramente estaba empapado de saliva infecta y no pude evitar un escalofrío.

MIÉRCOLES

–*Pedro Páramo* es una novela que representa un microcosmos. Es una crítica social posrevolucionaria, pero también un juego estético que nos permite, a través de diversas técnicas, impregnarnos de esa atmósfera de podredumbre y muerte. ¿Por qué creen que la obra esté escrita de tal manera?

Nadie contestó.

–¿Alguien recuerda cómo está estructurada?

Nadie contestó.

–¿Alguien la leyó?

Al fondo, una mano parecía alzarse.

–Sí, usted. Dígame, ¿qué recuerda?

–No –dijo la alumna–. Yo nomás quería preguntarle si va a revisar las tareas atrasadas.

Me llevé las manos al rostro y respiré profundamente, pidiendo a todos los dioses una hora más de paciencia para soportar a esa bola de analfabetos, para llegar al final de la semana sin perder la cordura ni, más importante, el sueldo puntual, que era lo que en realidad me importaba.

–¿Cree que es el momento adecuado para hacer esa pregunta? ¿Cree que...? A ver, ¿alguien leyó aunque sea un fragmento? ¿Las primeras páginas? ¿La contraportada?

Silencio. Miré a Giselle, quien intercambiaba miradas hacia mí y hacia la ventana con su actitud desafiante y un ejemplar deshojado de *Pedro Páramo* sobre su pupitre. A un lado, Esquivel estiraba los dedos hasta casi rozarle la pierna. De pronto, alguien del otro lado del salón quiso participar.

–¡Usted! ¿Qué me puede decir de la novela? ¿De qué se trata?

–No, pues... De un señor... Que su mamá le dice que vaya a buscar a su papá para que le pague algo... Y entonces llega y otro señor le dice que hace mucho calor... Creo que el señor se llamaba Calígula...

–Maestra, buenos días –interrumpió el prefecto en el marco de la puerta–, ¿me permite hablar con el grupo?

–Adelante –respondí, aliviada de no tener que seguir con esa farsa.

–Chicos, por favor, no olviden que el próximo viernes es de integración escolar, para que traigan lo que les tocó de la lista, se vengán con su uniforme de deportes y pasen a pagar su cooperación con el profesor de Educación Física... –el prefecto interrumpió su discurso para escrutar a los estudiantes–. Hay muchas ausencias, ¿no están o no vinieron?

–Unos están afuera, otros no vinieron. Andan enfermos –contestó un estudiante.

–¡Unos ya se murieron y yo creo que para mañana ya vienen, pero como zombis! –gritó Esquivel, desatando las risas de sus compañeros.

–¿Qué? –preguntó el prefecto, mirándolo con algo parecido al desprecio.

–Es de que andan diciendo de una enfermedad que según eso hace que las personas se mueran y luego resuciten así todas agresivas, como zombies –contestó otro.

–“Es de que andan diciendo...” –remedó–. ¿Quién? ¿Quién anda diciendo?

–Ahí en el internet –repuso uno más.

–Sí es cierto –clamó el resto del grupo casi al unísono.

El prefecto se llevó la mano a la cabeza.

–¡En serio! Ayer salieron unas fotos de un muchacho, no me acuerdo si en Estados Unidos o en China, que se enfermó, luego se murió, pero al poquito tiempo se despertó y mató a toda su familia. Los agarró a golpes, luego a mordidas y hasta les arrancó los brazos y todo eso. Y que después salió corriendo y se comió a dos de sus vecinos; cuando ya iba por el tercero, llegó la policía y le disparó, pero no se moría, hasta que uno le dio un balazo en la cabeza –remató Esquivel.

Todos los alumnos emitieron su opinión, convirtiendo aquello en un mar de murmullos.

–Sht, sht. A ver, ¡a ver! ¡Ya estuvo bueno! No digan pendejadas, muchachos. ¿Cómo va a ser eso? No crean todo lo que ven en internet. En lugar de andar revisando babosadas, pónganse a hacer su tarea. Bueno –continuó, volviendo al tema que lo había traído–, vénganse preparados para el viernes y pasen el recado a los que no están. Maestra, ¿puedo hablar con usted un minuto?

Ambos salimos del salón.

–¿Ya le dijeron qué le va a tocar?

–No. Ni siquiera sabía del evento.

–Ah. Es que usted sólo tiene clase con este grupo, ¿verdad? Bueno, a cada maestro le toca organizar una actividad. Piense la suya y luego me dice cuál es para anotarla. O si lo prefiere –dijo bajando el volumen mientras se acercaba a mí, y juro que pude sentir su dedo índice rozando mi antebrazo–, podemos vernos en mi oficina al terminar las clases para hablar del tema.

Su tacto, aunque apenas sugerido y quizá sin malicia, me paralizó. Me costaba respirar. Contemplé con horror la saliva en la

comisura de sus labios, la cual iba acumulándose en pequeñas burbujas crecientes como si un monstruo invisible hecho de pústulas estuviera naciendo. No pude formular palabra, pero un carraspeo fue suficiente para que, de inmediato, el prefecto diera un paso atrás, echara un vistazo a su reloj y dijera:

–Bueno, me voy porque hay que dar el timbre de salida.

Ya habían pasado veinte minutos desde que sonó la chicharra. Yo escrutaba el reloj cada que podía mientras Giselle perdía su mirada en algún punto indefinido de la pared. Afuera, Susana atravesó el horizonte y me hizo una seña de que ya era tarde. Contesté encogíendome de hombros. Ella sonrió y siguió su camino.

–Ándele, ya váyase. Ya se va su... amiga. Bufé.

–Cállese. Mejor dígame, ¿no va a venir su mamá?

Giselle se encogió de hombros.

Después de media hora, acepté que había sido ingenuo de mi parte esperarla.

–Ya váyase. Es evidente que a su mamá le importa un carajo su educación. Igual que a usted.

Giselle se levantó de su asiento y salió del salón, no sin antes dedicarme una sonrisa maliciosa. Como respuesta, golpeé el escritorio, lo suficientemente fuerte como para que ella me escuchara a la distancia. Luego me masajee el rostro y comencé a recoger mis cosas. Antes de salir, recorrí el salón con la mirada y noté algo que llamó mi atención. Regresé directamente hacia el pupitre de Giselle y tomé el maltratado ejemplar de *Pedro Páramo* que aquélla había olvidado. En sus páginas había todo tipo de rayones, dibujos y palabras obscenas. Todo menos notas o comentarios alusivos a la obra. Con el libro en las manos y el pulso agitado, me aseguré de que nadie me viera: lo abrí por la mitad, jalé profundamente desde mi garganta, pulmones y estómago, y dejé caer entre las hojas un espeso y verdoso escupitajo.

—¿Dónde están los demás? —pregunté a Susana al ver a menos de la mitad de los estudiantes reunidos en las canchas de fútbol.

—No lo sé. Esperamos durante más de una hora y estos fueron los únicos que llegaron.

Recorrí el campo con la mirada. Los chicos parecían decaídos. Aburridos, acaso. Ciertos grupúsculos permanecían sentados, conversando. Otros tomaron algunos de los balones y jugaban de manera desganada. Incluso la cantidad de profesores parecía haber menguado.

—Profes, buenos días —irrumpió el prefecto—. Hoy somos menos, tanto alumnos como maestros. Casi ninguno se ha reportado. Hablamos a las casas de todos y sólo en pocas nos han contestado para decirnos que están enfermos. Ni modo, hay que tratar de hacer que los que están aquí se integren y hagan un poco de ejercicio.

Resignada, caminé hacia las polvorientas canchas, donde uno de los profesores congregaba a los muchachos a un improvisado torneo de fútbol. En menos de quince minutos sucedió el primer incidente: uno de los estudiantes cayó casi inconsciente tras patear el balón. En cuanto lo vio desplomarse, el profesor corrió hacia él. Estaba empapado en sudor frío y la nariz le escurría.

—Déjelo ahí, profe, yo me lo llevo —dijo el prefecto abriéndose paso entre la aglomeración de estudiantes que ya lo habían cercado.

Lo cargó en brazos y se lo llevó, seguido de varios alumnos.

—¿Ya ve, maestra? Le dijimos que había una enfermedad de zombis —dijo entre risas una de las alumnas.

—¡A ver, muchachos, ya es suficiente! —gritó Susana acercándose—. Quiero que regresen a donde estaban y retomen sus actividades. Muchachos chismosos —me comentó una vez que se dispersaron—. Hace unos minutos uno de los míos también se desmayó y todos se pusieron histéricos.

—Pero ¿qué les pasa?

—No lo sé. Es una gripe muy fuerte o una enfermedad como el dengue. O quizá nomás están fingiendo para asustarnos y no hacer nada. Lo que sí es que ya me tienen bomba con eso de los zombis.

—¿También los tuyos? —sonreí con desganado—. Pinches muchachos...

—¿Qué pasa?

—Nada, que aprovecharon la situación y ya se desperdigaron. Hay que ir a buscarlos antes de que el prefecto vuelva pidiéndonos organizar la matatena.

La mayoría de los estudiantes se encontraban apoltronados afuera de la enfermería, muy preocupados por sus compañeros, según decían.

—Es que ni el prefecto ni los profesores nos dejan pasar ni nos dicen qué sucede.

—Le preguntamos si nos podíamos ir porque algunos nos empezamos a sentir mal y no nos dejó ni llamar a nuestras casas.

—Y ya intentamos hablar del celular, pero ya ve que acá casi no hay señal.

—Muchachos, tienen que dejarse de histéricas —interrumpió Susana—. Si el prefecto no los deja ir es porque ustedes son nuestra responsabilidad y no hay necesidad de arriesgarnos ni de alarmar a sus papás. Sus compañeros están bien, es sólo gripe y deshidratación. Por favor, vayan a las canchas y continúen con sus actividades.

Los alumnos, contrario a su costumbre, obedecieron casi de inmediato, con gestos de confusión y, algunos, de temor. Toqué a la puerta tres veces antes de que el rostro del prefecto, adornado con un cubrebocas, se asomara.

—¿Está todo bien?

—Sí, maestra, no se preocupe.

—Los chicos están muy preocupados por sus compañeros. Sólo quería saber si se encontraban bien.

—Están bien.

—¿Necesita algo? Puedo ir a la farmacia a comprar algún medicamento, si lo necesitan.

—No —respondió seco—. No es necesario. Además, por instrucciones del director,

nadie puede entrar o salir de las instalaciones. Es una medida de seguridad para contener el pánico y evitar cualquier tipo de accidente.

—Claro —acepté, poco convencida, mientras el prefecto cerraba la puerta.

Miré mi teléfono sólo para comprobar la ausencia de red telefónica e internet. De nuevo, maldije el momento en que acepté el trabajo. Caminé hacia la puerta principal. Un par de estudiantes intentaba brincarla. Tras ordenarles que regresaran, corroboré que alguien había puesto el candado. Iba a ser difícil salir de aquel lugar. Justo estaba pensando en yo misma brincar la barda cuando escuché un grito a lo lejos. Atravesé diversos salones, el laboratorio y los baños, hasta llegar al cuarto del conserje. La puerta estaba entreabierta. Entré con cautela y vi un par de siluetas que enseguida reconocí: eran Giselle y Esquivel, trenzados el uno del otro. Me desbordé en indignación: ¿cómo era posible que, con todo el caos de afuera, este par se hubiera escabullido para revolcarse como un par de animales en el cuarto más hediondo de la escuela? Pero entonces mi vista se acostumbró a la oscuridad y contemplé los ojos abiertos de Giselle, su maquillaje corrido por las lágrimas, su blusa rasgada, sus labios hinchados por el miedo, apenas visibles bajo la mano tensa de Esquivel.

—¿Qué chingados haces?! —grité y me lacé sobre el muchacho para hacerlo a un lado.

Sin soltar a la chica, Esquivel me mantenía a raya con una mano mientras que yo, torpe y desesperada, intentaba clavarle las uñas en la frente, en los ojos, en la garganta. Una de esas estocadas dio con fuerza en el centro de su cuello. Entonces me agarró del cabello, y, entre gruñidos, carraspeos y arcadas, acercó mi cara a la suya sólo para escupirme un torrente de saliva y flemas. Me paralicé al sentir el esputo caliente escurriéndome por

la frente, empañándome la vista, rozándome la comisura de los labios. Sentí como si esa misma baba caliente me atiborrara el cuerpo; y entonces, con la fuerza nacida de una ira inaudita, me zafé de sus garras y lo pateé en la entrepierna. Esquivel cayó de espaldas. Comencé a sentir un creciente zumbido en los oídos. Me limpié el rostro. Detrás de mi mano húmeda, el chico yacía en posición fetal, tosiendo y dando arcadas, tratando con sus manos de aliviar el dolor en sus genitales. En ese instante, me arrepentí de mi forma de actuar. Jamás debí recurrir a la violencia porque yo era aquí la adulta, y si alguien preguntaba, yo llevaba las de perder. Pero entonces vi la figura de Giselle al otro lado del cuarto: su mirada asustada, suplicante, su cara roja, empapada de odio y pena por ella misma. Y no me cupo duda: caminé hacia el otro extremo, tomé la pala que se encontraba recargada en la pared y, tras una profunda inhalación, la alcé con ambas manos sobre mi cabeza. Una, dos, tres, siete veces golpeé el cráneo del muchacho hasta escucharlo reventar.

Cuando salimos de ahí, alumnos y maestros, ojos y bocas bien abiertos, y un sol inclemente me cercaron. Di un par de lentísimos pasos al frente. Me costaba trabajo respirar. La sangre que me empapaba la camisa me oprimía el pecho, y mi puño acalambrado cedió ante el peso del arma deformada.

—Tuve que hacerlo —murmuré.

Suspiros ahogados sepultaron el silencio. Vi el rostro de Susana, pálido y sudoroso, incrédula del escenario que se alzaba frente a ella.

—Se había convertido en zombi y nos iba a comer a todos —dije al fin con el gusto férreo de la saliva seca mezclada con sangre, mientras tomaba del hombro a Giselle quien, sin despegar la mirada del suelo, corroboraría mi historia palabra por palabra hasta el fin de los tiempos.